**Domingo Tercero de Cuaresma, Ciclo C**

*Ex 3,1-8a. 13-15; Sal 102,1-2. 3-4. 6-7. 8 y 11; 1 Cor 10, 1-6. 10-12; Lc 13,1-9*

*Nuestro éxodo pascual*

Asistimos aquí al nacimiento de la Pascua. La Pascua no tiene origen en la tierra sino en el cielo. Nace de la compasión de un Dios, que oye el grito de los oprimidos, ve los sufrimientos y decide intervenir. Pascua es una palabra que escuchamos repetir continuamente durante este tiempo del año y que ocupa un puesto central en el lenguaje religioso de los cristianos.

El motivo de haber sido escogido el texto evangélico de la Higuera estéril es porque se completa con la enseñanza sobre el éxodo. Nos dice cuál es el nombre nuevo del éxodo: conversión, producir los frutos que Dios quiere de cada uno. Conversión, en el lenguaje bíblico, no indica el paso de un lugar a otro, sino precisamente de un modo de vivir a otro.

La palabra conversión, oída en el contexto de la Cuaresma, nos recuerda una cosa fundamental. Dios hace el noventa y nueve coma nueve por cien de nuestra salvación. Pero, hay algo que también debemos hacer nosotros. La Pascua significa Dios que pasa; pero, también, que el hombre pasa, esto es, gracia y libertad; acción de Dios y respuesta del hombre. Una no es suficiente sin la otra.

La conversión del corazón es, por decirlo así, *obra de arte común del Espíritu Santo y de nuestra libertad*. Una historia dice que un hombre está a punto de ser ahorcado en la plaza de la ciudad, porque no ha podido pagar su deuda. Pasa por allí el cortejo del rey. Sabida la cosa, el rey mismo paga la mayor parte del rescate. Sin embargo, falta algo y el verdugo hace como que va a ejecutar la condena. La reina añade su limosna y así hacen algunos más del séquito. Al final, falta una sola pequeña moneda. El verdugo es inflexible: se debe proceder. El condenado, entonces, se hurga desesperadamente los bolsillos y encuentra que también él tiene una pequeña moneda. ¡Está salvado! El rey, en esa historia, representa a Cristo, la reina a la Virgen y los caballeros a los santos.

La conversión no es sólo un deber, es también una posibilidad. Yo diría que es casi un derecho. Nadie está excluido de la posibilidad de cambiar. Porque el itinerario de la conversión lleva a la reconciliación con Dios y a vivir en plenitud la vida nueva en Cristo: vida de fe, de esperanza y de caridad.

Nadie tiene el derecho de darse por irrecuperable. A veces, hay en la vida situaciones morales que parece que no tienen camino de salida… Pero para todos existe la posibilidad de cambio. Es «imposible para los hombres, no para Dios» (cfr. Lucas 18,25-27).

Antes de concluir, recordemos las palabras de Dios a Moisés: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Voy a bajar a librarlos». ¡Qué sabor nuevo tienen estas palabras leídas hoy con ojos de cristianos! En Cristo, en verdad, Dios ha descendido para liberar a su pueblo. No ha descendido para liberar a un pueblo de otro sino para liberar a todos los pueblos del enemigo común, que es el pecado y la muerte. Cristo, en verdad, como lo llama el Apóstol, es «nuestra Pascua» (1 Corintios 5, 7).

El hombre, todo hombre, es invitado a la conversión y a la penitencia; es impulsado a la amistad con Dios, para que reciba como don la vida sobrenatural, que colma las más profundas aspiraciones de su corazón.

Dejémonos transformar por la gracia de la conversión y de la penitencia para llegar a las cumbres altas y pacificadoras de la vida sobrenatural. Sólo en Dios el hombre se encuentra plenamente a sí mismo y descubre el significado último de su existencia.

¡No se desanimen! Abandónense en los brazos de Cristo: él los aliviará. ¡Jesús, María y José están con ustedes!

**Padre Félix Castro Morales**

**Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)**